

Capacitador Sermones CGI

(Sermones para enero 2026)

Sermón del 4 de enero de 2026 - Segundo domingo después de Navidad	1
--	---

Sermón del 11 de enero de 2026 - El Bautismo del Señor	9
--	---

Sermón del 18 de enero de 2026 - Segundo Domingo después de Epifanía	16
--	----

Sermón del 25 de enero de 2026 - Tercer domingo después de la Epifanía	22
--	----

Sermón del 4 de enero de 2026

Segundo domingo después de Navidad

INICIO

Reflexión: A diario nos encontramos con realidades dolorosas: hambre, necesidad, soledad, desesperanza. Ante esto, la enseñanza de Jesús de Nazaret (Mateo 25) nos recuerda que cada gesto de compasión hacia quienes sufren no es solo un acto humano, sino un servicio directo a Dios: "Tuve hambre, y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber; fui forastero, y me acogiste..." No se requieren obras grandiosas, sino amor sencillo, disponible: compartir comida, escuchar, ofrecer ayuda, brindar compañía. Cuando abrimos los ojos al dolor del otro y actuamos, aunque sea con pequeños detalles, mostramos el amor de Dios. Tal vez no podamos sanar todas las heridas ni resolver todos los problemas del mundo, pero podemos responder con generosidad allí donde Él nos pone hoy, y en eso ya hacemos una diferencia real.

[Jeremías 31:7-14](#) • [Salmo 147:12-20](#) • [Efesios 1:3-14](#) • [Juan 1:1-18](#)

Seguimos celebrando la temporada de Navidad en el calendario de adoración. Nuestro tema este domingo es **la fiesta que ya comenzó**. En nuestro llamado a la adoración, el Salmo 147 celebra al Dios que fortalece a su pueblo. Este Dios los bendice con paz y envía su

palabra para renovar la tierra. El profeta Jeremías se hace eco de esa alegría, proclamando el regreso a casa para los que estaban dispersos. Esta es una reunión de los débiles, los cansados y de los que deambulan en una comunidad de celebración y abundancia. La carta de Pablo a los Efesios nos recuerda que somos elegidos en Cristo, redimidos por gracia y sellados con el Espíritu. Esto no es sólo por nuestro bien, sino para vivir la gloria de Dios. Y en el Evangelio de Juan, contemplamos al Verbo hecho carne, lleno de gracia y verdad. Él viene al mundo para revelar al Padre y reunirnos en la familia de Dios. Estos pasajes declaran que la buena noticia de la Navidad no es sólo que Cristo ha venido. Pero también estamos invitados a ser parte de su misión: Somos bienvenidos, bendecidos y enviados con alegría para mostrar a otros la gracia de Dios.

Recordatorio: Este párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

La disciplina del banquete

Jeremías 31:7-14

(Lee o pídale a alguien que lea el pasaje).

7 Así dice el Señor: «Canten jubilosos en honor de Jacob; griten de alegría por la mejor de las naciones. Hagan oír sus alabanzas y clamen: “¡Salva, Señor, a tu pueblo! ¡Salva al remanente de Israel!”. 8 Yo los traeré del país del norte; los reuniré de los confines de la tierra. ¡Volverá una gran multitud! Entre ellos vendrán ciegos y cojos, embarazadas y parturientas. 9 Entre llantos vendrán y entre consuelos los conduciré. Los guiaré a corrientes de agua por un camino llano en el que no tropezarán. Yo soy el padre de Israel; mi primogénito es Efraín. 10 »Naciones, escuchen la palabra del Señor, y anuncien en las costas más lejanas: “El que dispersó a Israel, lo reunirá; lo cuidará como un pastor a su rebaño”. 11 Porque el Señor rescató a Jacob; lo redimió de una mano más poderosa que él. 12 Vendrán y cantarán jubilosos en las alturas de Sión; disfrutarán de las bondades del Señor: el trigo, el vino nuevo y el aceite, las crías de las ovejas y las vacas. Serán como un jardín bien regado, y no volverán a desfallecer. 13 Entonces las jóvenes danzarán con alegría y los jóvenes junto con los ancianos. Convertiré su duelo en gozo y los consolaré; transformaré su dolor en alegría. 14 Colmaré de abundancia a los sacerdotes, y saciaré con mis bienes a mi pueblo», afirma el Señor. **Jeremías 31:7-14**

Según el calendario cristiano, hoy sigue siendo parte de la temporada navideña. La Navidad suele ser una época de alegría. Es una época de reuniones con amigos y familiares, buena comida y, a veces, regalos. Las fiestas suelen ser una época de disfrute, y podríamos decir, de placer.

¿Es el placer un problema?

A veces, podemos sentir que nos excedemos en el disfrute y el placer. Y esto puede llevarnos a hacer propósitos de Año Nuevo.

¿Hiciste algún propósito de Año Nuevo este año?

Personas de todo el mundo lo hacen. Se prometen comer menos, hacer más ejercicio y administrar mejor su dinero. Se prometen aprender por fin esa nueva habilidad que han

estado posponiendo. Cada enero, los gimnasios se llenan mientras las aplicaciones de dietas y presupuestos se disparan en descargas. Muchos afirman que este año será diferente.

(Puedes insertar aquí tu historia personal o divertida: algo sobre cómo tu resolución duró dos días o cómo una vez te inscribiste en un gimnasio solo por el bar de batidos de cortesía. El humor ayuda a las personas a bajar la guardia. Las prepara para una verdad más profunda. Todos anhelamos la transformación, pero la perseguimos de maneras pequeñas y autoimpuestas en lugar de buscar al Dios que nos transforma desde adentro).

Las estadísticas muestran que solo un ocho por ciento de los propósitos de Año Nuevo se cumplen. A mediados de febrero, el estacionamiento del gimnasio vuelve a estar vacío y la aplicación de presupuestos permanece cerrada. Regresamos a nuestras rutinas, quizás sintiéndonos decepcionados con nosotros mismos.

Este puede ser un patrón común durante las fiestas. Nos damos un capricho; comemos y gastamos de forma extravagante, pero podemos sentirnos culpables. Y quizás sea esa culpa la que nos lleva a hacer propósitos de Año Nuevo, prometiéndonos comer y gastar menos. ¿Por qué lo hacemos?

Detrás de todo este esfuerzo se esconde una pregunta más profunda:

¿Qué creemos que piensa Dios sobre nuestro disfrute?

¿Qué piensa Dios cuando celebramos, cuando pasamos tiempo con amigos y familiares, cuando reímos, comemos y damos regalos? Cuando festejamos, ¿nos sentimos secretamente un poco culpables? ¿Nos imaginamos a Dios frunciendo el ceño mientras comemos un segundo pedazo de pastel? ¿Nos imaginamos a Dios sonriendo solo cuando ayunamos, negándonos cosas o cuando nos esforzamos más?

¿Acaso Dios solo se complace con nosotros cuando nos limitamos? ¿Significa la santidad, una seriedad perpetua? ¿O **ya ha comenzado la fiesta?**

El sorprendente mandato de Dios: Regocíjate

Para responder a esta pregunta, nos dirigimos a [Jeremías 31:7-14](#) .

Este pasaje rebosa de vida. Dios manda al pueblo a cantar con alegría, a gritar, a proclamar y a alabar. ¿Por qué? Porque el Señor está restaurando a su pueblo. Está trayendo a los exiliados a casa. Verán, el profeta Jeremías escribe a la antigua nación de Israel. Israel estaba en el exilio; habían sido desplazados o expulsados de su patria por la fuerza.

Mira nuevamente los versículos 12-13:

Vendrán y cantarán jubilosos en las alturas de Sión; disfrutarán de las bondades del Señor: el trigo, el vino nuevo y el aceite, las crías de las ovejas y las vacas. Serán como un jardín bien regado, y no volverán a desfallecer. 13 Entonces las jóvenes danzarán con alegría y los jóvenes junto con los ancianos. Convertiré su duelo en gozo y los consolaré; transformaré su dolor en alegría... [Jeremías 31:12-13](#)

Este no es el lenguaje de la moderación. Es el lenguaje de la celebración. Leemos sobre música, baile, banquete, vino, aceite, risas y alegría. Esta es una fiesta bendecida por Dios mismo.

Lo que Jeremías describe no es indulgencia, sino restauración. Dios reúne a un pueblo quebrantado y lo llena de alegría. Entonces y hoy.



El contexto: Consuelo en medio del juicio

A Jeremías se le suele llamar el profeta llorón. Pasó la mayor parte de su ministerio anunciando... bueno, malas noticias. Anunció juicio, advirtiendo que Babilonia destruiría Jerusalén y que el pueblo de Dios iría al exilio. Pero justo en medio de este largo lamento surge un oasis de luz. Es lo que los eruditos llaman el Libro de la Consolación (Jeremías 30-33). Estos pocos capítulos rebosan de esperanza. Dios promete reconstruir, renovar, hacer un nuevo pacto escrito en corazones y no en piedra.

En el capítulo 31, las palabras de Jeremías rebosan de alegría sensorial: grano, vino, aceite, rebaños, música, danza, risas. Dios promete no solo supervivencia, sino abundancia. Esto no es solo alivio: es la restauración de la alegría.

Y ese es el corazón de Dios.

La Trinidad: La alegría en el centro del universo

Si nos alejamos un momento de Jeremías, este tema se conecta con la naturaleza misma de Dios. La Biblia revela que Dios no es solitario ni estático. Dios es trino Padre, Hijo y Espíritu Santo, una comunidad de amor eterno.

Antes de la creación, antes de la historia, antes del pecado o la tristeza, había alegría. El Padre se deleitaba en el Hijo; el Hijo se regocijaba en el Padre; el Espíritu era el vínculo de su amor. La alegría, no el juicio, reside en el centro de la realidad.

La creación misma es un desbordamiento de esa alegría trinitaria. El mundo existe porque Dios quiso compartir su bondad. Cada amanecer, cada comida, cada canción, cada amistad y cada sabor de belleza son buenos. Todo esto refleja el deleite que siempre ha existido en Dios.

El pecado rompió esa armonía. Convirtió la alegría en escasez, el amor en competencia y la abundancia en ansiedad. Sin embargo, el plan redentor de Dios no consiste simplemente en salvarnos del pecado y la muerte. El plan de Dios restaura la alegría, devolviendo a la creación a la comunión con su Creador.

Por eso, Jeremías 31 anticipa algo mucho mayor que el regreso del exilio del antiguo Israel. Apunta hacia la Encarnación. Apunta al momento en que Dios mismo entra en la historia humana, no para condenarnos, sino para celebrar con nosotros.

La Encarnación: Dios se une a la fiesta

El primer milagro de Jesús en el Evangelio de Juan fue convertir el agua en vino en una boda en Caná ([Juan 2: 1-11](#)).

Si fueras Dios y quisieras anunciar tu llegada en carne humana, ¿qué harías? Podrías resucitar a los muertos o invocar fuego del cielo. Pero Jesús comienza manteniendo viva una fiesta de bodas. Toma agua común y la transforma en una alegría extraordinaria. Ese milagro no fue casual. Revela un poco de cómo es el reino de Dios. Jesús, el Hijo encarnado, viene a demostrar que Dios no es un aguafiestas cósmico, sino el anfitrión de un banquete divino.

Más tarde, la gente critica a Jesús por comer y beber demasiado con los pecadores. Cada comida que Jesús compartía era un anticipo del gran banquete que Jeremías mencionó. Era un anticipo de la reunión definitiva de los perdidos, la sanación de los quebrantados, la celebración de la redención.

En la Encarnación, Dios se une a la mesa. Jesús se sienta con nosotros y dice: «Este es mi cuerpo, entregado por ustedes».

Festejar no es lo opuesto a la santidad. Festejar es una de las expresiones más puras de santidad cuando se arraiga en Dios, en la gratitud y el amor compartido.

Dios provee abundantemente

La imagen de Jeremías de "grano, vino y aceite" no es sólo simbólica, sino también tangible. Estos eran los elementos básicos de la vida en una sociedad agrícola. Dios no se avergüenza del mundo material que creó. Él dijo que la creación era buena.

Cuando Jeremías dice: «Su vida será como un jardín regado», se hace eco de la abundancia del jardín del Edén. El jardín del Edén es el lugar donde vivieron Adán y Eva en la historia de la creación, y fue descrito como un paraíso. Dios está deshaciendo la maldición de la escasez. Él dice: «Volveré a ser su jardinero. Los plantaré, los regaré y los haré florecer».

Esta imagen también nos recuerda la obra del Espíritu. El Espíritu de nosotros nos hace florecer, produciendo buenos frutos, como el amor, la alegría y la paz.

¿Qué sientes cuando te sientas a la mesa con tus seres queridos, compartiendo una comida, riendo hasta que te duele el estómago? Esa es una pequeña muestra de la vida del Espíritu. La Trinidad es alegría compartida; el Espíritu es alegría que mora en nosotros, tan cerca como nuestro aliento.

Dios reúne a los dispersos

Mira, los traeré de la tierra del norte... entre ellos, ciegos y cojos, embarazadas y parturientas, todos juntos; una gran multitud volverá acá. [Jeremías 31:8](#) Dios no se contenta con bendecir a los fuertes ni a los exitosos. Su lista de invitados incluye a quienes necesitan ayuda y dependen más de otros, debido a una discapacidad, un embarazo o un parto. La lista de invitados de Dios incluye a los vulnerables, a los cansados y a quienes la sociedad ignora.

Dios es un Dios que reúne. El amor de la Trinidad siempre se expande. El Padre envía al Hijo por medio del Espíritu; y por medio del Hijo, el Espíritu reúne a las naciones de vuelta al Padre.

La iglesia debe encarnar ese mismo impulso de reunión. Debemos ser una comunidad que extiende la mesa, añade sillas y da cabida a quienes han quedado excluidos.

Cuando festejamos, declaramos que la gracia de Dios es suficiente para todos. La disciplina del banquete nos enseña a acoger a los pobres, a los solitarios, a los marginados. **En la mesa del Señor no hay un sector VIP.**

Por eso la Encarnación es tan importante: Jesús no nos reunió lejos de nosotros. Entró en nuestro mundo, se hizo hombre, se sentó a nuestra mesa y compartió nuestra hambre. Nos reunió desde dentro.

Nuestro llamado, entonces, es convertirnos en un pueblo que se reúne. Organizar comidas donde los desconocidos se convierten en amigos, donde la alegría se convierte en testimonio de la bondad de Dios.

Dios redime

Porque el Señor rescató a Jacob; lo redimió de una mano más poderosa que él. [Jeremías 31:11](#) El lenguaje del rescate y la redención resuena en toda la Escritura. Es el lenguaje del éxodo, de la liberación de la esclavitud. Es el lenguaje de la liberación de la esclavitud del pecado. Es también el lenguaje de la cruz.

Cuando Jesús extendió sus brazos en el Calvario, nos redimió de las manos demasiado fuertes para nosotros. ¿Qué era demasiado fuerte para que pudiéramos vencerlo por nuestra cuenta? El poder del pecado y la muerte.

Y observemos de nuevo: el resultado de la redención es un banquete. Observemos cuántos actos de liberación de Dios en la Biblia culminan con una comida. Al leer la Biblia, veamos cuántos pueden encontrar. Aquí hay uno importante: sus discípulos reconocen a Cristo resucitado al partir el pan ([Lucas 24:30-31](#)).

Festejar, entonces, no es una distracción de la redención; es una proclamación de ella. Cada vez que nos reunimos alrededor de una mesa para agradecer, hacemos eco de la visión de Jeremías. Dios nos ha redimido y somos libres para regocijarnos.

Dios satisface

Colmaré de abundancia a los sacerdotes, y saciaré con mis bienes a mi pueblo», afirma el Señor. [Jeremías 31:14](#)

Satisfecho: esa es una palabra poderosa.

Nuestra cultura se basa en la insatisfacción. Cada anuncio susurra: "Necesitas más". Nos desplazamos por las redes sociales sin parar, comparando nuestras vidas con las de otros. Consumimos, y aun así, seguimos hambrientos.

Pero Jeremías anuncia una realidad diferente: mi pueblo estará satisfecho. Dios basta. Su gracia basta. Su presencia basta.

Cuando practicamos la disciplina de celebración, aprendemos a ver el mundo como un regalo, no como una posesión. Dejamos de aferrarnos y comenzamos a bendecir. Pasamos de la escasez o la insuficiencia a la suficiencia o la vastedad.

En Cristo, la satisfacción se convierte en una realidad, no en un eslogan. Como Jesús le dijo a la mujer junto al pozo: «El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás» ([Juan 4:13](#)).

La Mesa misional

Aquí está el giro misional: ifestear no es solo un disfrute personal! Es evangelización encarnada.

Cuando la Iglesia se reúne alrededor de la mesa, da testimonio a un mundo hambriento de que existe un lugar donde la alegría y la justicia se encuentran. Nuestras comidas compartidas, nuestras celebraciones, son actos misionales cuando están abiertos a quienes no lo son. Dicen: «Vengan, prueben y vean lo bueno que es el Señor».

Podemos ser una comunidad que sabe celebrar sin excesos, disfrutar sin excluir, agradecer sin culpa. Cuando las personas se encuentran con nosotros, se encuentran con el carácter de Dios.

En un mundo fracturado por la soledad, el escepticismo y el miedo, una iglesia alegre es un milagro misionero.

Practicando la disciplina de celebración

Entonces, ¿cómo cultivamos esta disciplina?

1. **Recibe la alegría como gracia.** No te sientas culpable por el deleite. “Toda buena dádiva viene de lo alto”. La risa de los niños, la calidez de los amigos y la belleza de la creación son sacramentos del amor divino.
2. **Incluye a otros en tu alegría.** La verdadera fiesta siempre se comparte. Invita a quienes no tienen lugar. Invita a vecinos, padres solteros, refugiados, estudiantes y personas mayores. Al darles espacio, reflejas la hospitalidad de la Trinidad.
3. **Recuerda al Dador.** Festejar sin dar gracias conduce a la idolatría. Pero cuando la gratitud enmarca nuestra alegría, nuestro corazón se enternece.
4. **Equilibra el ayuno y el festín.** El ayuno agudiza el deseo; el festín lo satisface. Ambas disciplinas enseñan la dependencia de Dios.
5. **Festeja con espíritu misionero.** Que tus celebraciones apunten más allá de sí mismas. Apunten a nuestro Dios salvador, al reino venidero, al gran banquete de bodas del Cordero. Cada mesa puede convertirse en un altar.

El anfitrión Encarnado y la Fiesta Venidera

Cuando Jeremías pronunció estas palabras, imaginaba una restauración futura. Aún no veía hasta dónde llegaría la promesa de Dios.

Pero en Jesús, esa promesa se hace carne. El Dios que una vez habló por medio de profetas ahora se sienta entre su pueblo. La Palabra se hace carne y mora con nosotros.

Cada comida que Jesús comió, cada pan que partió, cada gota de vino que sirvió, revelaron el corazón de Dios. «Convertiré su duelo en gozo y los consolaré; transformaré su dolor en alegría» ([Jeremías 31:13 versículo 13](#)).

Y la historia termina donde señala la visión de Jeremías: en Apocalipsis 19, en la Cena de las Bodas del Cordero. Hacia allá se dirige todo. Allí, los redimidos de toda tribu y nación se reunirán alrededor de la mesa del Dios trino.

Habrà risas, música y abundancia. No más lágrimas, no más culpa, no más hambre. Solo alegría eterna: el banquete eterno del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Conclusión: La fiesta ya ha comenzado

Así que, quizás este año sea mejor evitar los propósitos de Año Nuevo que te castigan a ti mismo. En su lugar, practica **la disciplina de la celebración**. Proponte reconocer y regocijarte en la abundante gracia de Dios.

Como lo describió Jeremías, Dios reúne, redime y satisface. Y lo hace por medio de Cristo. La alegría eterna de la Trinidad se está derramando en la historia humana, una comida, una canción, un acto de deleite compartido a la vez.

Así que, come tu pan con alegría. Bebe tu vino con un corazón agradecido. Recibe al forastero. Baila cuando el Espíritu te conmueva. Porque el Señor ha dicho: «**saciaré con mis bienes a mi pueblo**», afirma el Señor.» ([versículo 14](#)).

Preguntas para conversación en grupos pequeños

- ¿Qué revela esta imagen de celebración y abundancia acerca del carácter de Dios?
- ¿Cómo podría la Encarnación (Dios tomando forma humana) cambiar la manera en que experimentamos y compartimos la alegría en nuestra vida diaria?
- Podemos organizar "fiestas misionales" en nuestro contexto (hogar, barrio, iglesia, lugar de trabajo). ¿Cómo sería?
- Como Cuerpo de Cristo, practicamos la "disciplina del banquete". ¿Cómo lo hacemos de manera que incluyamos y honremos a quienes viven al margen?

INICIO

Sermón del 11 de enero de 2026 — El Bautismo del Señor

Reflexión: El agua tiene el poder de transformar y renovar, recordándonos que en el bautismo, al igual que Jesús en el Jordán, somos llamados a identificarnos con la presencia divina y a recordar que somos hijos amados de Dios. En ese acto, el cielo se abre, el Espíritu desciende y la voz del Padre afirma nuestro valor y nuestra identidad en Cristo. Este sacramento nos invita a vivir con la certeza de que pertenecemos a ese amor divino, reflejando la luz de Jesús en cada paso que damos. La reflexión nos desafía a reconocer en qué aspectos de nuestra vida necesitamos recordar que somos profundamente amados y llamados a vivir en justicia, esperanza y fidelidad, guiados por el Espíritu que nos fortalece y nos envía a ser portadores de su amor en el mundo.

Recordatorio: Este párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

[Isaías 42:1-9](#) • [Salmo 29:1-11](#) • [Hechos 10:34-43](#) • [Mateo 3:13-17](#)

Hoy, primer domingo después de la Epifanía, conmemoramos el bautismo de nuestro Señor. Nuestro tema de hoy es " **bautizados en el amado**". Nuestro salmo de llamado a la adoración proclama la voz del Señor que resuena sobre las aguas. La voz de Dios es poderosa y majestuosa, pero bendice a su pueblo con paz. El profeta Isaías presenta al siervo elegido de Dios, sostenido por el Espíritu, que trae justicia con gentileza y fidelidad a las naciones. En los Hechos, Pedro declara que este siervo elegido es Jesús. Ungido con el Espíritu Santo, anduvo haciendo el bien, sanando y proclamando la paz a todos. Y en el Evangelio de Mateo, presenciamos el bautismo de Jesús. Los cielos se abren, el Espíritu desciende y el Padre declara al Hijo amado. Estas lecturas nos recuerdan que el bautismo de Jesús marca el comienzo de su misión guiada por el Espíritu. Trae justicia, paz y sanación al mundo. Y como bautizados en su vida, estamos llamados a unirnos a él en su misión.

¿Quién necesita ser bautizado?

[Mateo 3:13-17](#)

(Lee o pídele a alguien que lea el pasaje).

13 Un día Jesús fue de Galilea al Jordán para que Juan lo bautizara. 14 Pero Juan trató de disuadirlo. —Yo soy el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? —objetó. 15 —Hagámoslo como te digo, pues nos conviene cumplir con lo que es justo —contestó Jesús. Entonces Juan consintió. 16 Tan pronto como Jesús fue bautizado, subió del agua. En ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios bajar como una paloma y posarse sobre él. 17 Y una voz desde el cielo decía: «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él».

([Mateo 3:13-17](#))

La Epifanía del Corazón de Dios

Hoy es el primer domingo de la **Epifanía**. La palabra "Epifanía" significa manifestación o revelación. Es un momento del año eclesiástico en el que nos centramos en esos momentos de las Escrituras donde se descorre el velo. Nos centramos en esos momentos en los que vemos con mayor claridad quién es Dios y qué está haciendo en el mundo.

Cada historia que encontramos durante la Epifanía nos muestra un atisbo de la realidad divina que irrumpe en la experiencia humana. Estas historias de la Biblia no son simplemente momentos del pasado. Son revelaciones del Dios que continúa revelándose a nosotros hoy.

Hoy nos centramos en el bautismo de Jesús. Es un momento misterioso y esclarecedor. En otras palabras, es un momento tan lleno de santidad que escapa a nuestra comprensión, pero a la vez, arroja luz sobre la naturaleza de Dios. A primera vista, parece un simple acto de obediencia. Jesús llega al río Jordán, se sumerge en las aguas turbias y es bautizado por Juan. Pero al observar más de cerca, los cielos se abren, el Espíritu desciende y el Padre habla.

El bautismo de Jesús nos muestra una de las imágenes más claras de la **Trinidad** en las Escrituras. Aquí encontramos al Padre, al Hijo y al Espíritu, unidos en amor, revelando el corazón mismo de Dios. La historia del bautismo de Jesús revela que Dios anhela compartir su vida con nosotros. Así, nosotros también somos **bautizados en la condición de ser amados**, al participar del bautismo de Jesús.

Jesús viene a nosotros

Mateo comienza: "Entonces Jesús vino de Galilea a Juan al Jordán, para ser bautizado por él" (versículo 13).

Esa frase encierra un mundo de gracia: "Jesús viene".

Juan había estado predicando en el desierto. Juan llamaba a la gente al arrepentimiento. Los instaba a abandonar sus pecados y prepararse para la venida del Mesías.

Multitudes salían a escucharlo en el desierto; la gente abandonaba sus pueblos y aldeas para encontrar a Juan en el río. Pero fíjense: Jesús hace lo contrario. No espera a que las multitudes lo encuentren ni a que Juan se le acerque. No se queda en la orilla pidiéndole a Juan que ascienda a su nivel. En cambio, Jesús va a Juan.

Así es siempre la gracia. Dios no se queda esperando a que lo encontremos; viene a nosotros. La Encarnación es el Hijo eterno que se adentra en nuestro desierto, caminando sobre nuestro polvo y confusión. El Dios que creó el universo se rebaja lo suficiente como para pararse en un río fangoso con pecadores.

Esta es la primera gran epifanía de la historia: **Dios se acerca**. No está distante, alejado, ni esperando nuestro progreso. Se acerca a nosotros con amor. Toda la historia de la Biblia es la historia de un Dios que se acerca constantemente.

La gracia persiste

Cuando Jesús llega, Juan se sobresalta. Reconoce quién está frente a él e intenta detenerlo. «Yo necesito ser bautizado por ti», dice Juan, «¿y tú vienes a mí?»

Casi se puede percibir la confusión en la voz de Juan. Ha estado predicando el arrepentimiento del pecado, pero aquí está el Inmaculado pidiendo el bautismo. Juan percibe el cambio y se resiste. Juan se resiste, pero la gracia persiste.

Jesús responde con dulzura: "Déja ahora, porque conviene que así cumplamos toda justicia" (versículo 15).

Este intercambio nos dice algo profundo sobre cómo Dios se relaciona con nosotros.

Primero, vemos que **Jesús toma la iniciativa**. La gracia siempre comienza con Dios.

Incluso cuando estamos confundidos, indecisos o reticentes, Dios se acerca a nosotros con amor paciente.

En segundo lugar, vemos que **la justicia de Dios se cumple no mediante la separación, sino mediante la solidaridad**. Jesús no se aparta de la humanidad; está con nosotros. Así como se adentró en nuestra existencia humana de pecado y la transformó, Jesús se sumerge en el agua con los pecadores. Se une plenamente a nosotros. Jesús se identifica con nuestra debilidad y comprende nuestro fracaso y nuestra fragilidad.

La resistencia de Juan es comprensible. Pero Jesús no deja que esa resistencia tenga la última palabra. La gracia persiste. Jesús atrae a Juan a la obediencia, transformando su vacilación en consentimiento. «Entonces consintió», escribe Mateo.

Incluso nuestra respuesta a la iniciativa de Dios es parte de su don. Cuando le decimos sí a Dios, es porque Él nos dijo sí primero, y Jesús siempre responde a su Padre con fiel obediencia. Dios, en Cristo y por su Espíritu, ya ha estado obrando. Ha estado ablandando nuestros corazones, transformando nuestra resistencia en confianza.

¿Quién necesita ser bautizado?

Juan pregunta: "¿Vienes a mí?" (versículo 14). Esto plantea la pregunta central del pasaje: ¿Quién necesita ser bautizado? La práctica del bautismo no era precisamente nueva. Durante siglos, el pueblo judío tuvo la tradición de lavados rituales con fines de purificación. En otras palabras, tenían ceremonias con agua que, según creían, los purificaban. Los conversos al judaísmo se bautizaban para simbolizar una nueva identidad.

El ministerio de Juan amplió este concepto. Llamó al arrepentimiento mediante el bautismo a todos los que estuvieran dispuestos.

Pero ahora Jesús entra al agua, y la pregunta cobra un significado especial. Si alguien no necesitaba el bautismo, ese era Jesús. Sin embargo, viene a ser bautizado. ¿Por qué?

Jesús entra plenamente en nuestra humanidad y es bautizado «para cumplir toda justicia». Se identifica plenamente con nosotros. Asume la historia humana para que seamos asumidos en la historia divina. Jesús se sumerge en el agua para ser bautizado no porque necesite arrepentimiento, sino porque nosotros lo necesitamos.

La magnitud de la Encarnación es innegable. Como Hijo del Hombre, Jesús es bautizado en nombre de toda la humanidad. En ese momento, Jesús no solo da ejemplo, sino que también obra la salvación. Se sumerge en lo más profundo de nuestra condición para elevarnos a su vida con el Padre en el Espíritu.

Bautizados en la vida de la Trinidad

La palabra griega *baptizo* significa sumergir, teñir, mojar. Nos da una imagen de saturación total. Es como la idea de un trozo de tela empapado en tinte de color hasta que cada fibra comparte el tono de lo que ha sido sumergido.

Eso es lo que Jesús hace por nosotros. Se sumerge en nuestra humanidad y, a través de él, nos sumergimos en la vida de Dios.

Antes del principio de los tiempos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo existían en comunión eterna, inmersos en amor, alegría, creatividad y deleite mutuo. Esta es la «vida bautizada» de la Trinidad.

Ahora, por medio de Jesús, somos incluidos en esa vida Trinitaria. El bautismo no es solo un ritual o ceremonia que simboliza la purificación; es una señal de nuestra participación en la relación de Dios como Trinidad. Cristo nos ha sumergido en el amor divino. Ahora, mediante el bautismo, participamos activa y personalmente del amor que el Padre tiene por el Hijo en el Espíritu. Y comenzamos a experimentar la realidad de nuestro lugar como hijos adoptivos en la comunión divina. Lo que Cristo hizo por todos se convierte en nuestro ser personal. Entonces, ¿quién necesita ser bautizado? A la luz del bautismo de Jesús, la respuesta es todos nosotros, e incluso Dios mismo, en Cristo, por nosotros.

El Cielo se Abre: La Creación es Restaurada

Mateo continúa en el versículo 16: “Y cuando Jesús fue bautizado, al subir del agua, de repente los cielos le fueron abiertos...”

Esas palabras, «los cielos se abrieron», evocan el comienzo mismo de la Biblia. En Génesis, el Espíritu de Dios se cierne sobre las aguas, y Dios, con su palabra, da existencia a la creación. En el bautismo de Jesús, escuchamos esos ecos de la primera creación. El Espíritu se cierne de nuevo, el Padre habla de nuevo, y el Hijo se erige como nueva creación. El Hijo es el punto de encuentro del cielo y la tierra, la unión de Dios y la humanidad.

Este es el amanecer de una nueva creación. El Hijo Encarnado no es solo un profeta más en una larga lista. Él renueva todas las cosas. Al salir del agua, la creación misma comienza a sanar.

El Espíritu desciende: Dios mora entre nosotros

Mateo nos dice: “Vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre él” (versículo 16).

El Espíritu reposa sobre Jesús. Esto no se debe a que el Hijo careciera del Espíritu, sino a que la humanidad lo necesita. En este momento, el descenso del Espíritu sobre Jesús es el descenso del Espíritu sobre nosotros. Jesús recibe el Espíritu para que nosotros podamos recibirlo. El Hijo de Dios ha asumido nuestra naturaleza humana, y ahora el Espíritu, la llena de vida divina.

La imagen de la paloma evoca otra historia: el Diluvio. Cuando el arca de Noé se detuvo tras la bajada de las aguas, envió una paloma que regresó con una rama de olivo. Era señal de paz y un nuevo comienzo. En el bautismo de Jesús, la paloma desciende de nuevo, señalando el fin del juicio y el comienzo de la restauración.

Esto es lo que Dios siempre ha deseado: no un mundo condenado, sino un mundo lleno de su Espíritu.

La voz del Padre: el corazón del Evangelio

Finalmente, oímos la voz del cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (versículo 17).

Aquí está el centro mismo del evangelio. El Padre manifiesta su amor por el Hijo, y a través del Hijo, el Padre manifiesta su amor por nosotros.

En Jesús, los cielos se abren no sólo para revelar la gloria de Dios, sino también para declarar su amor. La voz que creó el cosmos ahora nos habla para asegurarnos pertenencia, amor y deleite.

“Este es mi Hijo.”

Pertenecer es el anhelo más profundo del alma humana. El Padre reclama a Jesús públicamente y, al hacerlo, nos reclama en él. Mediante el bautismo, declaras públicamente: «Soy hijo de Dios». Cuando el mundo nos dice que no pertenecemos, la voz de Dios resuena: «Eres mío».

“A quien amo.”

El amor del Padre por el Hijo es eterno, inquebrantable y puro, como lo es el amor del Padre por todos. Pero estábamos alejados de Dios en nuestra mente y corazón. Éramos incapaces de conocer ni recibir el amor de Dios.

Ahora, Dios nos habla sus palabras de amor de tal manera que podemos recibirlas. En Cristo, el Amado, podemos conocer y experimentar nuestra condición de seres amados. Ahora podemos recibir el amor que fluye eternamente en la Trinidad y que fluye hacia nosotros. Podemos compartir el amor de la Trinidad como hijos adoptivos de Dios.

“En quien tengo complacencia.”

Deleitarse en algo es una gracia inconmensurable. Dios creó a los seres humanos y se complació en ellos. Pero llegamos a la mirada amorosa de nuestro Padre celestial. Ya no podíamos ver ni reconocer el amor del Padre.

Aquí el Padre mira a Jesús y sonríe. Porque Jesús ha entrado en nuestra historia, podemos ver y reconocer ese placer divino que reside en nosotros. Lo que antes no veíamos, ahora podemos disfrutarlo y deleitarnos. El Padre se complace en cada uno de nosotros, no de mala gana ni con condiciones, sino con alegría.

Esta es la voz para la que fuimos creados. Las palabras del Padre responden a cada dolor de soledad, a cada anhelo de aprobación y a cada miedo al rechazo. Pertenece. Eres amado. Me complazco en ti.

La forma misional del bautismo

Observa que el bautismo no es el final de la historia de Jesús, sino el comienzo de su ministerio. Es el momento en que el cielo se abre y comienza la misión. El Espíritu que desciende sobre Jesús pronto lo conducirá al desierto. Entonces, el Espíritu le dará poder para proclamar la buena nueva a los pobres, la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos.

De la misma manera, nuestro bautismo no es solo un momento espiritual privado, sino un envío. Ser bautizado en la vida trinitaria es ser enviado al mundo como participantes en la misión de Dios.

El Padre envía al Hijo; el Hijo envía al Espíritu; el Espíritu envía a la Iglesia. Nos sentimos atraídos por ese amor que envía. El bautismo no es una huida del mundo, sino una inmersión en la obra redentora de Dios por el mundo.

Así pues, el bautismo es a la vez pertenencia y llamado. Somos amados, enviados, incluidos y comisionados.

Vivir en la realidad de nuestro bautismo

Quizás esta sea la primera vez que aprendes sobre el bautismo. El desafío para algunos no es que nunca hayamos escuchado estas palabras, sino que las olvidamos. El ruido de la vida ahoga la voz del Padre. Los cielos siguen abiertos, pero a menudo vivimos como si estuviéramos cerrados.

Por eso la Iglesia vuelve a esta historia cada año. Regresamos a ella para recordarnos quiénes somos y a quién pertenecemos. La vida cristiana no es una escalera que subimos; es un don del que vivimos. No nos esforzamos por ganarnos el favor de Dios; vivimos del favor que ya se nos ha concedido.

Cada vez que recordamos nuestro bautismo, recordamos esta verdad: El Cielo está abierto. El Espíritu ha sido dado. La voz del Padre aún habla. Jesús nos incluye en su vida.

El Dios Trino en acción

El bautismo de Jesús es un acontecimiento único, pero revela el modelo eterno de la obra de Dios en el mundo:

- El **Padre** habla del amor y envía.
- El **Hijo** escucha al Padre y redime.
- El **Espíritu** desciende y llena.

Éste es el latido del evangelio: el Dios trino actuando en perfecta unidad para nuestra salvación.

Lo que comienza en el río Jordán continuará hasta la cruz y culminará en la resurrección. El mismo Espíritu que desciende como paloma resucitará a Jesús de entre los muertos, y la misma voz que lo llama «Amado» nos llamará amados para siempre.

Una palabra para la Iglesia hoy

En un mundo fracturado por la división, el miedo y la vergüenza, el bautismo de Jesús es una proclamación viviente: Dios ha entrado en nuestras aguas, en nuestras vidas. Él no se avergüenza de nosotros. Se une a nuestra humanidad y nos llama suyos.

Eso significa que nuestro llamado como iglesia no es quedarnos al margen, señalando con el dedo. En cambio, nos adentramos en las aguas con nuestros vecinos. Revelamos la compasión de Dios al compartir sus luchas. El mismo Espíritu que reposó en Jesús reposa sobre nosotros, capacitándonos para ser agentes de reconciliación y esperanza. Cuando extendemos gracia, cuando perdonamos, cuando amamos sin condiciones, estamos viviendo nuestra identidad bautismal.

Conclusión: La voz aún habla

La Epifanía es la época de la revelación: de ver lo que siempre fue verdad, pero ahora se hace visible. En el bautismo de Jesús, el cielo se abre. El Espíritu desciende y la voz del Padre declara lo que es eternamente real:

- Eres mío
- Eres amado
- Estoy contento contigo.

El Dios trino ha entrado en nuestra historia y nos ha incluido en la suya. Las aguas han sido santificadas por su presencia.

Entonces, ¿quién necesita ser bautizado? Todos. Dios mismo, en Jesucristo, entró primero en las aguas por todos nosotros. Es un amor incomprensible.

Esta es la buena noticia de la Epifanía: Dios ha venido a nosotros. Nos ha reclamado y somos **bautizados en su amor**. Y en la voz del Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu, escuchamos las palabras que nos definen para siempre:

Eres mi hijo amado. En ti me complazco.

Amén.

Preguntas para debates en grupos pequeños

- ¿Qué revela el bautismo de Jesús acerca de su misión?
- ¿El bautismo de Jesús cuestiona tu perspectiva sobre quién pertenece a la historia de Dios? Si es así, ¿cómo?
- «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia». Dios dice estas mismas palabras sobre ti en Cristo. ¿Qué te impide escuchar y creer esa voz hoy?
- Podemos vivir como personas que saben que el cielo está abierto, que el Espíritu es dado y que el Padre se deleita en nosotros. ¿Cómo sería para nuestro grupo o iglesia vivir así?

INICIO

Sermón del 18 de enero de 2026 — Segundo Domingo después de Epifanía

Podemos alabar a Dios más allá de las palabras. En el Salmo 40 (1:42), las maravillas de Dios son "más de lo que se puede describir" (2:03), y cuando realmente lo conocemos, nos sentimos impulsados a alabarlo de una manera que trasciende las palabras (2:07). Esta alabanza eterna es la vida bendita para la que fuimos creados, que se experimenta al conocer a Dios en Jesucristo por el Espíritu (2:17).

[Isaías 49:1-7](#) • [Salmo 40:1-11](#) • [1 Corintios 1:1-9](#) • [Juan 1:29-42](#)

Nos encontramos en la época posterior a la Epifanía, un tiempo de luz, revelación y llamado. Nuestro tema este domingo es: **"Llamados y enviados a hablar de Dios a otros"**. El salmista da gracias por la liberación divina y proclama que la verdadera adoración no solo se encuentra en el sacrificio, sino en hacer la voluntad de Dios y compartir su fidelidad en la gran asamblea. El profeta Isaías habla de un siervo formado por Dios desde el vientre materno, llamado no solo a restaurar a Israel, sino a ser luz para las naciones, para que la salvación de Dios llegue hasta los confines de la tierra. Pablo saluda a la iglesia de Corinto recordándoles que ellos también están llamados a la comunión con Cristo y dotados para participar en su misión. Y en el Evangelio de Juan, Jesús se revela como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, reconocido, seguido y proclamado por sus primeros discípulos. La lectura de hoy nos recuerda que no sólo somos receptores de la gracia, sino también testigos, enviados para ayudar a otros a reconocer y seguir a Aquel que ha venido a morar entre nosotros.

Recordatorio: Este párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

En las sombras

[Juan 1:29-42](#)

(Lee o pídale a alguien que lea el pasaje).

Jesús, el Cordero de Dios

29 Al día siguiente, Juan vio a Jesús que se acercaba a él y dijo: «¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! 30 De este hablaba yo cuando dije: "Después de mí viene un hombre que es superior a mí, porque existía antes que yo". 31 Yo ni siquiera lo conocía, pero para que él se revelara al pueblo de Israel, vine bautizando con agua».

32 Juan declaró: «Vi al Espíritu descender del cielo como una paloma y permanecer sobre él. 33 Yo mismo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas que el Espíritu desciende y permanece es el que bautiza con el Espíritu Santo". 34 Yo lo he visto y por eso testifico que este es el Hijo de Dios».

Los primeros discípulos de Jesús

35 Al día siguiente, Juan estaba de nuevo allí con dos de sus discípulos. 36 Al ver a Jesús que pasaba por ahí, dijo:

—¡Aquí tienen al Cordero de Dios!

37 Cuando los dos discípulos lo oyeron decir esto, siguieron a Jesús. 38 Jesús se volvió y al ver que lo seguían, les preguntó:

—¿Qué buscan?

—Rabí, ¿dónde te hospedas? (Rabí significa “Maestro”).)

39 —Vengan a ver —contestó Jesús.

Ellos fueron, pues, y vieron dónde se hospedaba. Ese mismo día se quedaron con él. Eran como las cuatro de la tarde.

40 Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que, al oír a Juan, había seguido a Jesús. 41 Andrés encontró primero a su hermano Simón y le dijo:

—Hemos encontrado al Mesías —es decir, el Cristo.

42 Luego lo llevó a Jesús, quien lo miró y dijo:

—Tú eres Simón, hijo de Juan. Serás llamado Cefas —es decir, Pedro.

1:42 Tanto Cefas (arameo) como Pedro (griego) significan piedra.

[Juan 1:29-42](#)

Toda gran historia tiene sus figuras principales: los nombres que se recuerdan, los que aparecen en la marquesina. Pero en toda historia que vale la pena contar, también hay figuras silenciosas. Estos figuras se mueven fielmente en un segundo plano, manteniendo la línea, estando presentes.

Podríamos llamarlos gente en la sombra. Son los que no suben al escenario, pero sin los cuales la historia se desmoronaría.

En el pasaje de hoy, una de esas personas de la sombra sale a la luz por un breve instante. Su nombre es **Andrés**. La mayoría de nosotros lo conocemos solo como el hermano de Simón Pedro.

No predica un sermón como Pedro. No escribe un evangelio como Juan. No resuena como Santiago. No es aquel de quien la gente murmura junto al fuego ni de quien talla estatuas siglos después.

Sin embargo, la presencia serena y firme de Andrés abre una ventana al corazón de Dios. Su historia nos muestra lo que sucede cuando la gente común se deja llevar por la extraordinaria vida del Dios trino, revelada en Jesucristo. Su historia nos muestra lo que sucede cuando la gente común es **llamada y enviada a hablar de Dios a otros**

“Mirad, el Cordero de Dios”

El Evangelio de Juan comienza con una poderosa declaración. Juan el Bautista, rodeado de multitudes, ve a Jesús caminando hacia él y exclama:

«**29 Al día siguiente, Juan vio a Jesús que se acercaba a él y dijo: «¡Aquí tienen al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!!»** [Juan 1:29](#)»

Es una declaración impactante. Juan ve en Jesús el cumplimiento de todos los anhelos de Israel. ¡Por la declaración de Juan, parece que lo entiende! Jesús es el verdadero Cordero Pascual. Él es quien liberaría al pueblo de Dios, no de Egipto esta vez, sino del pecado y la muerte. De pie, cerca, está Andrés.

Andrés ya era discípulo de Juan el Bautista. Había estado escuchando, aprendiendo y esperando. Formaba parte de un movimiento que se preparaba para la acción de Dios, pero, al igual que Juan, aún no sabía cómo sería.

Cuando Juan señala a Jesús, la vida de Andrés cambia con una frase: "¡Miren, aquí está el Cordero de Dios!" (versículo 36)

Andrés no necesita argumentos ni que lo convenzan. Simplemente va. Sigue.

Así es como se manifiesta la fe cuando es impulsada por el Espíritu. No es un cálculo, sino una respuesta. Dios se revela y el corazón humano se inclina hacia adelante.



El Dios que se acerca

Observa la dirección del movimiento en este pasaje.

Juan se detiene, Jesús pasa. La Palabra divina no espera a que las personas adecuadas se le acerquen. Pasa por la vida humana, por lugares y días comunes.

Ésta es la **Encarnación**: el Hijo eterno entrando en las sombras de la existencia humana.

Jesús es el Cordero de Dios **que quita el pecado del mundo**.

Este es el corazón del Dios trino revelado.

El Padre envía al Hijo, el Hijo camina entre nosotros, y el Espíritu nos abre los ojos para ver y reconocer al Cordero.

Incluso en esta primera escena, vislumbramos a las tres Personas de la Trinidad en acción:

- El **Padre** que tiene un mundo que ama demasiado como para dejarlo en ruinas.
- El **Hijo** que entra en ese mundo como el Cordero que lo lleva todo.
- El **Espíritu** que desciende, que revela, que permanece.

Toda la Deidad se está moviendo hacia la humanidad, y Andrés es uno de los primeros en responder.

El primer seguidor

La Iglesia Ortodoxa Griega tiene un nombre para Andrés: Protocletos, "el primer llamado".

Él es el primero en seguir a Jesús. Es el primero en decir que sí, no porque sea el más dotado o el más seguro, sino porque es atento.

Mientras otros están ocupados, Andrés escucha. Observa. Cuando Juan dice: «Mira», Andrés mira.

Aquí hay una lección. A menudo, escuchamos el llamado a seguir a Cristo en quietud, con atención. No siempre está en el ruido del éxito ni en la emoción de los milagros. Está en el corazón tranquilo que escucha, ya atento a la venida de Dios.

La historia de Andrés no comienza con actividad y producción, sino con percepción: al notar dónde Dios ya está trabajando.

"¿Qué estás buscando?"

Mientras Andrés y otro discípulo comienzan a seguir a Jesús, él se gira y les pregunta las primeras palabras que pronuncia en el Evangelio de Juan: "¿Qué buscan?" (versículo 38).

Es una pregunta asombrosa del Verbo eterno hecho carne. Aquel por quien fueron creadas todas las cosas se dirige a dos hombres comunes y les pregunta cuál es su deseo.

Aquí Jesús no comienza con una orden, sino con una invitación.

"¿Qué estás buscando?"

Es una pregunta que aún resuena. ¿Qué *buscas* ? ¿Qué hambre te trae aquí hoy?

Los dos discípulos no dan una respuesta teológica. Preguntan, casi con timidez: «Rabí, ¿dónde te alojas?» (versículo 38).

Aún no saben qué quieren. Solo saben que quieren estar con él.

Jesús responde con las palabras más sencillas y llenas de gracia del Evangelio: «Venid y veréis» (versículo 39).

Este es el ritmo de la gracia: revelación e invitación. Dios se revela, no para abrumarnos, sino para atraernos. El Hijo Encarnado no les da lecciones a distancia; les da la bienvenida a su presencia.

Jesús es tan convincente y confiable que se quedan con él todo el día. Y aunque Juan no nos dice de qué hablaron, algo en ese encuentro lo cambia todo.

La comunión del Dios Trino

Ese día común—pasar tiempo con Jesús— es un eco de la comunión de la **Trinidad** misma.

Desde la eternidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu han vivido en perfecta comunión: amando, dando y recibiendo. Esta vida compartida es lo que define a Dios como Dios: amor, relación y alegría.

Y aquí, en Juan 1, esa comunión divina se extiende a la vida humana. Dios no sólo viene a salvarnos; viene a compartir su vida con nosotros.

Andrés y Juan se sientan con Jesús a la luz del atardecer, y su mundo nunca vuelve a ser el mismo. En su conversación tranquila, el Dios trino se da a conocer.

El poder de la presencia

La fuerza de Andrés no reside en sus discursos ni en sus milagros, sino en su **presencia**.

Simplemente está ahí. ¡Se hace presente!

Está presente cuando Jesús llama a los primeros discípulos. Está presente cuando Jesús alimenta a los cinco mil. Está presente cuando los griegos vienen a ver a Jesús. Está presente en la Última Cena, en el Cenáculo y después de la resurrección.

No siempre habla, pero aparece.

A veces, esa es la forma o expresión más profunda de la fe: estar ahí. Estar donde está Cristo, incluso si no tienes todas las respuestas.

Nuestro mundo parece obsesionado con la visibilidad y el reconocimiento. Pero Andrés nos recuerda que el reino de Dios a menudo se mueve mediante la fidelidad oculta. El Dios trino se deleita en obrar a través de los callados, los ignorados, los que se quedan cuando otros se alejan apresuradamente, el que escucha en lugar de sermonear.

Andrés confía en Jesús

En Juan 6, Jesús pone a prueba a sus discípulos preguntándoles cómo alimentarán a una multitud de cinco mil. Felipe protesta que es imposible: no hay suficiente.

Pero Andrés dice: «Aquí hay un muchacho con cinco panecillos de cebada y dos pececillos...»

Es un gesto pequeño, casi ingenuo. Sin embargo, revela la semilla de fe que ha ido creciendo desde aquella primera tarde con Jesús. Andrés no sabe cómo lo hará Jesús, pero ha aprendido que Jesús es bueno, generoso y digno de confianza.

La ofrenda de Andrés por pequeña que sea, se convierte en parte de un milagro que alimenta a miles. Y así es como Dios obra a menudo. Toma lo poco que tenemos y lo incorpora a su abundancia.

La vida del Dios trino es generosidad desbordante. La Trinidad es el Padre dando al Hijo, el Hijo dándose a sí mismo, el Espíritu dando vida. Estamos incluidos en ese fluir. Incluso nuestros actos más pequeños forman parte de la gran provisión de Dios.

Cada persona importa

A lo largo de los Evangelios, Andrés vive a la sombra de su hermano Pedro. Pedro es audaz, impulsivo e inolvidable. Andrés es firme, constante y, a menudo, anónimo.

Sin embargo, en la economía del reino de Dios, eso no es una degradación, sino discipulado. Andrés se conforma con guiar a otros hacia Jesús, incluso a su propio hermano.

Lo primero que hace Andrés después de encontrarse con Jesús es buscar a Pedro y decirle: “Hemos encontrado al Mesías” (versículo 41).

Lleva a su hermano al encuentro de Jesús. Y a partir de ese momento, la historia de Pedro cobra impulso. Pero la participación de Andrés no se ve disminuida por ello; se cumple.

Así se manifiesta el amor en la vida trinitaria de Dios: una entrega que se regocija en la bendición del otro. El Hijo glorifica al Padre, el Padre glorifica al Hijo, el Espíritu glorifica a ambos. Cada uno se entrega al otro en perfecto amor.

En los valores del reino de Dios, ninguna vida es más importante que otra. Cada persona importa. Cada persona cuenta.

“Venid y ved”: La misión de Dios

El testimonio sereno de Andrés sigue siendo un modelo para la misión de la Iglesia.

Simplemente dice: «Venid y ved». Esa frase —«venid y ved»— captura la esencia de la vida misional.

Cuando invitamos a otros a una amistad, una conversación o una comunidad, hacemos lo que hizo Andrés: nos presentamos y hacemos espacio para guiar a las personas hacia Jesús.

El Dios trino siempre extiende esta invitación. El Padre envía al Hijo, el Hijo nos atrae por el Espíritu, y el Espíritu nos lleva a la comunión con el Padre. Cada acto de misión es participación en ese movimiento divino continuo.

Podemos invitar a alguien a cenar, orar con un amigo o asistir fielmente a servir. Estas son reminiscencias de las sencillas palabras de Andrés: « **Vengan y vean** ».

El Dios que trabaja en las sombras

La vida de Andrés nos recuerda que Dios a menudo obra en segundo plano. La obra del Espíritu suele ser oculta, sutil y constante.

Incluso cuando no nos sentimos importantes, la vida de Dios se desarrolla en nosotros y a través de nosotros.

La Encarnación significa que Dios ha entrado en las sombras y las ha llenado de luz. La Trinidad significa que nunca caminamos solos. El Padre, el Hijo y el Espíritu siempre están obrando, siempre invitando, siempre redimiendo.

Cuando te muestras con amor, estás compartiendo la vida del Dios trino moviéndose a través de lo ordinario.

Sé un Andrés

Andrés nos enseña tres lecciones sencillas y profundas:

1. **Comprende que eres importante para Dios.** ¿Anhelas sentirte visto? Dios se deleita más en una fe firme que en el reconocimiento público. Dios te ve. Pasa tiempo con Jesús y comenzarás a aprender lo bueno y confiable que es.
2. **Ofrece tus panes y peces.** No esperes a tener lo suficiente para marcar la diferencia. Trae lo que tengas, por poco que sea, y ponlo en manos de Jesús.
3. **Mantente presente.** El mundo no necesita más ruido, necesita presencia. Estar ahí para la gente. Escuchar. Amar. Señalar con discreción al Cordero de Dios. Preséntate en tu vecindario y ofrece: ven y mira.

Conclusión: La luz en las sombras

La vida de Andrés es prueba de que la historia de Dios no se trata sólo de los héroes en el centro de atención: se trata de aquellos que están dispuestos y presentes en las sombras. En Jesucristo, el Cordero de Dios, el Dios trino entra en nuestro mundo, en nuestro trabajo y en nuestra oscuridad, y dice: " **Venid y ved** ".

Él sigue llamando, sigue reuniendo, sigue arrojando luz en los rincones oscuros a través de personas como Andrés, y a través de personas como tú y yo.

Puede que nunca tengas una plataforma. Puede que nunca recuerden tu nombre. Pero si vives tu vida como un silencioso indicador del Cordero de Dios, entonces la luz del mundo brillará a través de ti.

Al final, eso es lo que más importa.

«Mirad», dice Juan, «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». Y Andrés lo siguió.

Que hagamos lo mismo que quienes **fueron llamados y enviados a hablar de Dios**. Que hagamos lo mismo con nuestras palabras, con nuestro amor, con nuestra presencia fiel, con nuestra sombra, hasta el día en que también veamos al Cordero cara a cara.

Amén.

Preguntas para conversación en grupos pequeños

- El Cordero de Dios es un nombre para Jesús. ¿Qué revela ese nombre sobre Dios?
- Jesús dijo: «Venid y ved». ¿Cómo podemos, como individuos o como iglesia, encarnar ese mismo espíritu de invitación?
- El primer acto de Andrés como discípulo fue llevar a alguien más —su hermano Pedro— a Jesús. ¿Cómo nos sentiríamos nosotros siguiendo el ejemplo de Andrés?
- ¿Cómo podría tu presencia diaria ser una forma discreta de guiar a otros hacia Cristo? ¿En el trabajo, en tu barrio, en la escuela?

Sermón del 25 de enero de 2026 — Tercer domingo después de la Epifanía

Reflexión: A veces nos resulta difícil expresar con palabras lo que sentimos, ya sea por amor a alguien, por admiración ante la belleza del mundo, o por la grandeza de Dios. De manera similar, la Biblia nos recuerda que las obras y pensamientos de Dios son tan maravillosos que superan toda expresión posible. La reflexión nos lleva a entender que, al conocer a Dios a través de Jesús, nuestro corazón naturalmente se llena de alabanza, y esta expresión de adoración será eterna. En última instancia, la vida verdadera se encuentra en reconocer y celebrar la bondad infinita de Dios, cuya grandeza siempre nos sobrepasará, y en responder con un amor y una alabanza que trascienden las palabras.

Recordatorio: Este párrafo de reflexión tiene como objetivo mostrar cómo se conectan las cuatro selecciones del Leccionario Común Revisado para esta semana y ayudar al predicador a preparar el sermón. No está previsto que se incluya en el sermón.

[Isaías 9:1-4](#) • [Salmo 27:1](#) , [4-9](#) • [1 Cor. 1:10-18](#) • [Mateo 4:12-23](#)

Este domingo, continuamos en la temporada posterior a la Epifanía, mientras Cristo se revela con mayor claridad en palabras y hechos. Nuestro tema esta semana es: **unidos en Cristo**. El profeta Isaías anuncia una palabra de esperanza. Quienes caminaban en tinieblas han visto una gran luz. Dios rompe el yugo de la opresión y trae alegría a su pueblo. El salmista responde con confianza, declarando: «El Señor es mi luz y mi salvación». Expresa un profundo anhelo de morar en la presencia de Dios. En su carta a los Corintios, Pablo aboga por la unidad entre los creyentes. Los insta a centrar sus vidas en la cruz de Cristo, no en personalidades ni divisiones. En el Evangelio de Mateo, Jesús comienza su ministerio público en Galilea. Trae luz a una tierra oscurecida. Proclama el reino de Dios y llama a la gente común a seguirlo. Juntos, estos pasajes nos recuerdan que la luz de Cristo no sólo salva y sana, sino que nos llama a una nueva forma de vida. Esta vida se caracteriza por la unidad, el propósito y un discipulado sabio.

Unidad, no uniformidad

[1 Cor. 1:10-18](#)

(Lee o pídale a alguien que lea el pasaje).

Divisiones en la iglesia 10 Les suplico, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos vivan en armonía y que no haya divisiones entre ustedes, sino que se mantengan unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito. 11 Digo esto, hermanos míos, porque algunos de la familia de Cloé me han informado que hay rivalidades entre ustedes. 12 Me refiero a que unos dicen: «Yo sigo a Pablo»; otros afirman: «Yo, a Apolos»; otros: «Yo, a

Cefas»; y otros: «Yo, a Cristo». 13 ¡Cómo! ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso Pablo fue crucificado por ustedes? ¿O es que fueron bautizados en el nombre de Pablo? 14 Gracias a Dios que no bauticé a ninguno de ustedes, excepto a Crispo y a Gayo, 15 de modo que nadie puede decir que fue bautizado en mi nombre. 16 Bueno, también bauticé a la familia de Estéfanos; fuera de estos, no recuerdo haber bautizado a ningún otro. 17 Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar las buenas noticias y eso sin discursos de sabiduría humana, para que la cruz de Cristo no perdiera su eficacia. Cristo, sabiduría y poder de Dios 18 Me explico: El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios. [1 Cor. 1:10-18](#)

Introducción: La belleza de la diferencia

Como podemos ver en nuestras propias familias, cada ser humano es único. Los hermanos pueden compartir el mismo ADN, crecer en el mismo hogar y aprender las mismas tradiciones familiares. Pero descubrimos que cada persona tiene una personalidad, preferencias e incluso formas de expresar amor diferentes. Uno es cauteloso, otro audaz, uno reflexivo y otro impulsivo. Es parte de la belleza —y a veces de la frustración— de la vida humana.

En este sentido, la iglesia es muy similar. Dentro de una misma congregación, encontramos personas muy diferentes. Encontramos diferencias de temperamento, trasfondo, opiniones políticas y prácticas espirituales. Algunos disfrutan de la contemplación en silencio; otros encuentran a Dios con mayor intensidad en el canto o el servicio. Sin embargo, el mismo Señor los atrae a todos.

10 Les suplico, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos vivan en armonía y que no haya divisiones entre ustedes, sino que se mantengan unidos en un mismo pensar y en un mismo propósito. [1 Corintios 1:10](#)

La carta de Pablo a los corintios fue escrita hace unos 2000 años. Muestra que esta diversidad no es nueva. Desde el principio, los seguidores de Jesús lucharon por vivir en comunidad **unidos en Cristo**. La iglesia de Corinto estaba llena de personas talentosas, inteligentes y apasionadas. Pero su diversidad se había convertido en motivo de conflicto en lugar de celebración.

La preocupación pastoral de Pablo: Una iglesia dividida

Pablo escribe: «Porque me ha sido demostrado por los de Cloé que hay contiendas entre ustedes» (versículo 11). Esa sola frase nos dice muchísimo. La iglesia de Corinto, aunque joven y llena de energía, se estaba fragmentando en bandos. La gente se identificaba según su maestro o líder preferido. «Yo soy de Pablo», «Yo soy de Apolos», «Yo soy de Cefas», o incluso «Yo soy de Cristo» (versículo 12).

A primera vista, ese último grupo suena bien: ¿quién no querría pertenecer a Cristo? Pero Pablo ve que incluso esta afirmación se ha convertido en motivo de orgullo y

competencia. El nombre de Jesús nos une, y la gente usaba su mismo nombre para dividir.

La pregunta de Pablo desmiente el sinsentido: "¿Acaso Cristo fue dividido? ¿Acaso Pablo fue crucificado por ustedes? ¿O fueron bautizados en el nombre de Pablo?" (versículo 13). Es como si Pablo dijera: «Dejen de actuar como si fueran fanáticos de equipos rivales. Se les ha olvidado quién es el verdadero centro».

La Encarnación: La respuesta de Dios a la división

Para comprender por qué la unidad es tan importante para Pablo, debemos fijarnos en el corazón del evangelio: la Encarnación. En Jesucristo, Dios hizo algo asombroso: el Creador infinito se hizo hombre. El Verbo eterno entró en la historia humana no para borrar nuestras diferencias, sino para redimirlas.

Cuando Dios se hizo humano en Jesús, no vino como una persona común y corriente. Vino como un hombre judío del primer siglo, con familia, idioma y cultura. Sin embargo, a través de esa vida humana particular, Dios abrió el camino para la reconciliación de toda la humanidad.

La Encarnación es la declaración de Dios de que la vida humana, en toda su variedad, no es algo que deba abolirse. Es algo que debe transformarse. El cuerpo de Jesús real, herido, resucitado, es ahora el punto de encuentro entre el cielo y la tierra.

Y por eso es importante la unidad en la iglesia. La iglesia se llama el Cuerpo de Cristo. Si somos su cuerpo, debemos reflejar su naturaleza. Su cuerpo está compuesto de diversos miembros unidos **en Cristo**, en una sola vida y animados por un mismo Espíritu. Nuestra unidad no significa uniformidad, como tampoco la Encarnación implicó que Jesús dejara de ser divino. Más bien, significa que diferentes vidas, diferentes dones y diferentes llamamientos pueden coexistir en armonía bajo un mismo Señor.

La Trinidad: Unidad Divina en la Diversidad

La visión de unidad de Pablo también refleja algo aún más profundo: la vida del Dios trino. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son Personas distintas, pero existen en perfecto amor y armonía. El Padre no es el Hijo; el Hijo no es el Espíritu. Pero comparten una misma esencia, una misma voluntad, una misma vida divina. La Trinidad es la comunidad original: unidad sin uniformidad, diversidad sin división, igualdad sin duplicación.

Cuando hablamos de unidad cristiana, no nos referimos solo al buen trabajo en equipo o a la cooperación organizacional. Hablamos de cómo Dios nos atrae hacia su propia vida. Jesús oró en Juan 17 : «**21 para que todos sean uno. Padre, así como tú estás en mí y yo en ti, permite que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.**» ([Juan 17:21](#)). La unidad de la iglesia busca reflejar la unidad divina: el amor generoso que fluye eternamente entre el Padre, el Hijo y el Espíritu.

Pablo insta a los corintios a estar unidos en un mismo sentir y un mismo propósito. Los llama a no reprimir sus diferencias, sino a dejar que la vida del Dios trino fluya entre ellos. No creamos la unidad, la unidad. Nos sometemos a ella. Vivimos en la unidad que Dios creó. Dios nos ha hecho uno.

La cruz: la forma de la verdadera unidad

Pablo luego gira hacia la cruz: «El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios.» ¿Por qué mencionar la cruz aquí? Porque la cruz revela el modelo mismo de la unidad divina. En la cruz, Jesús no hizo valer sus derechos ni exigió reconocimiento. Se despojó de sí mismo: «Y al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!» ([Filipenses 2:8 NVI](#)).

Ese amor que se entrega a sí mismo es el poder de Dios. También es el modelo para la iglesia. La humildad ayuda a sanar las divisiones. ¿Estamos dispuestos a dejar de lado nuestro orgullo, nuestras preferencias, nuestra necesidad de tener la razón y a ver a Cristo en los demás?

La unidad, entonces, no es un logro humano. Es el fruto de la cruz que obra en nosotros.

La Iglesia como signo vivo de reconciliación

Pablo les recuerda a los corintios que el bautismo no es una insignia de lealtad a un líder en particular. Es la señal de que hemos sido sumergidos en la muerte de Cristo y resucitados en su vida. En el bautismo, las antiguas divisiones pierden su poder —judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer— todos somos uno en Cristo Jesús.

Esto significa que la iglesia no es un club de personas que piensan igual. Es una nueva humanidad que se está formando por el Espíritu. Cuando el mundo mira a la iglesia, debería ver un signo vivo de reconciliación. El mundo debería ver una comunidad donde personas que de otro modo nunca se relacionarían, estén unidas por el amor.

La tragedia es que, con demasiada frecuencia, la iglesia refleja las divisiones del mundo en lugar de la unidad de Dios. Nos dividimos por motivos de raza, clase, teología o política, olvidando que nuestro testimonio al mundo depende de nuestra capacidad de amar a través de esas diferencias. Jesús proclamó el único factor unificador: «[35 De este modo todos sabrán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros.](#)» ([Juan 13:35](#)).

Unidad, no uniformidad

Seamos claros: la unidad no es uniformidad. Pablo no llama a los corintios a estar de acuerdo en todo. El objetivo no es borrar sus personalidades ni obligar a todos a encajar en un mismo molde. Más bien, la unidad significa que mantenemos nuestras diferencias dentro de un compromiso compartido con Cristo.

En el Cuerpo de Cristo, el ojo no puede decirle a la mano: «No te necesito». Cada parte tiene su propósito. Cuando todas las partes trabajan juntas, el cuerpo crece y se mueve con gracia. Pero cuando una parte compite con otra, el cuerpo se paraliza.

Nuestra tarea no es que todos piensen igual. Nuestra tarea es amarnos profundamente. Entonces, nuestras diferencias podrían convertirse en regalos en lugar de amenazas.

Una congregación puede acoger a diferentes generaciones, culturas y estilos de adoración. Esto refleja la amplitud del reino de Dios. Estas no son distracciones, sino demostraciones de la amplitud del evangelio.

Cuando aprendemos a valorar las diferencias de cada uno, el mundo ve que el amor de Dios puede mantenernos unidos incluso cuando no seamos idénticos.

Escuchar como acto de amor

Uno de los actos de amor más radicales que podemos practicar en la iglesia es escuchar; escuchar realmente.

Escuchar bien es dejar de lado nuestra necesidad de defender, explicar o persuadir. Es entrar en la experiencia del otro con humildad. Es una forma de decir: «Tú importas. Tu historia importa. Dios está obrando en ti, y quiero entender cómo».

Cuando los líderes de la iglesia, los miembros de grupos pequeños y los amigos aprenden a escuchar así, nos convertimos en agentes de reconciliación. Escuchar se convierte en una disciplina espiritual mediante la cual el Espíritu nos une.

El papel del Espíritu Santo

La unidad es imposible sin el Espíritu Santo. Los esfuerzos humanos por alcanzar la armonía a menudo fracasan en la concesión o el control. Pero el Espíritu es el vínculo de la paz: la presencia viva de Dios que nos mantiene unidos en el amor.

El Espíritu no borra nuestra individualidad.

La santifica, convirtiendo nuestras diferencias en instrumentos de gracia. Pablo escribe: «4 Ahora bien, hay diversos dones, pero un mismo Espíritu.» ([1 Corintios 12:4](#)). El don de cada persona revela una faceta diferente del carácter de Dios.

Cuando el Espíritu se mueve libremente entre nosotros, la unidad no se convierte en una carga sino en una alegría: un sabor del cielo en la tierra.

La dimensión misional: Unidad por el bien del mundo

La unidad no se trata sólo de llevarse bien. Es una misión. La oración de Jesús en Juan 17 lo deja claro: «Que sean uno, para que el mundo crea que tú me enviaste».

La credibilidad de la Iglesia está ligada a su unidad. Los cristianos pueden amar sin fronteras, perdonar, reconciliarse y celebrar las diferencias sin temor. Cuando otros presencian esto, vislumbran el reino.

La Encarnación demuestra que la misión de Dios es siempre relacional. El Padre envía al Hijo; el Espíritu lo fortalece. Juntos nos invitan a esa misión: encarnar el amor de Dios en un mundo dividido.

Cuando la iglesia vive en unidad trinitaria, nos convertimos en un anticipo viviente del futuro de Dios. Vivimos el mensaje del evangelio. La Iglesia es una comunidad donde los desconocidos se convierten en familia y los enemigos en amigos.

Aplicaciones prácticas

1. **Celebren la diversidad intencionalmente, con humildad y curiosidad.**
Cuando surjan desacuerdos, no pregunten "¿Quién tiene razón?", sino "¿Qué nos podría estar enseñando Dios a través de esta diferencia?".
2. **Escucha con más atención.**
Como dice Pablo en Filipenses 2 : «Que cada uno no busque sus propios intereses, sino los intereses de los demás». Escuchar es una de las acciones más cristianas que podemos hacer.
3. **Ora por la unidad del Espíritu.**
La unidad no es algo que fabricamos; es algo que recibimos. Pide al Espíritu diariamente que ablande tu corazón y expanda tu amor.

4. **Vivan el evangelio con una visión misional.**

Recuerden que nuestro amor mutuo forma parte de nuestro testimonio. El mundo está polarizado. Por eso, una iglesia que encarna la unidad en la diversidad proclama la realidad de Cristo resucitado. Eso es más poderoso que cualquier argumento.

Conclusión: El poder de la cruz

Pablo termina esta sección recordando que la sabiduría de Dios a menudo parece locura al mundo. La cruz, instrumento de vergüenza, se convirtió en el medio de salvación. Lo mismo ocurre con la unidad. El mundo valora el poder, el control y ganar argumentos. Pero el reino de Dios valora la humildad, el amor, el servicio y la reconciliación.

Así que recordemos:

- Cristo no está dividido.
- El Espíritu no está ausente.
- El Padre sigue reuniendo a sus hijos en una sola familia.

La unidad no se trata de pensar igual. Se trata de amar igual. Amamos a Dios, al mundo y los unos a los otros. La unidad se trata de reflejar el corazón relacional del Dios trino que envió a su Hijo al mundo. La unidad no consiste en hacer a todos iguales. La unidad es Cristo renovando todas las cosas.

Que nosotros, la iglesia de Jesucristo, vivamos como signo de esa unidad divina. Somos diferentes, pero uno; muchas voces, una sola canción; miembros diversos, un sólo cuerpo. Podemos proclamar juntos la buena nueva de que estamos **unidos en Cristo**.

Profundiza:

<https://fulleryouthinstitute.org/articles/unidad-uniformidad> (Artículo en Inglés)

Preguntas para debates en grupos pequeños

- ¿Qué puede enseñarnos la relación dentro de la Trinidad acerca de cómo vivir juntos como un sólo cuerpo eclesial?
- ¿Cómo puede la manera en que manejamos las diferencias en la iglesia mostrar al mundo cómo es Dios?
- Podemos centrar nuestra unidad en Cristo, no en personalidades u opiniones humanas. ¿Cuáles son algunas maneras prácticas de lograrlo?
- Nuestra congregación o grupo pequeño puede ser un modelo de «unidad sin uniformidad» en nuestra comunidad. ¿Cómo sería?

